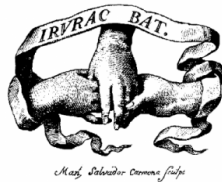


NUEVOS EXTRACTOS

DE LA REAL SOCIEDAD BASCONGADA
DE LOS AMIGOS DEL PAÍS

EUSKALERRIAREN ADISKIDEEN ELKARTEA



Discursos pronunciados en el Acto de Ingreso de:
JOSÉ ANTONIO AZPIAZU ELORZA

Suplemento 21-G del Boletín de la RSBAP

DONOSTIA-SAN SEBASTIÁN
2013



Gonzalo Duo, Luis M^a Mujika, Jerardo Elortza,
Juan Bautista Mendizabal, Mikel Biain, José Antonio Azpiazu,
Asun Urzainki



Juan Bautista Mendizabal, Mikel Biain,
José Antonio Azpiazu, Asun Urzainki



Mikel Biain, José Antonio Azpiazu, Asun Urzainki



**LA UNIVERSIDAD DE OÑATI,
CENTRO CULTURAL DE
“LAS TRES PROVINCIAS DEL VASQUENCE”**

Lección de Ingreso en la
Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País
Euskalerrriaren Adiskideen Elkarte

por
JOSÉ ANTONIO AZPIAZU ELORZA

Santi Spiritus Unibertsitatea - Oñati
2013-10-12

INTRODUCCIÓN

Mi vinculación a la Universidad Sancti Spiritus viene de antiguo. Ya en 1965 impartí clases en el entonces recién inaugurado Instituto de Enseñanzas Medias. Más tarde, al fallecimiento de Don José María Aguirrebalzategui, me encargué del cuidado del archivo de protocolos situado en dicho edificio, al objeto de que, por no haber quien se responsabilizara de dicho archivo, permaneciera cerrado un largo tiempo. Finalmente, durante veinte años trabajé como encargado de publicaciones del Instituto Internacional de Sociología Jurídica, que ocupó buena parte de las aulas del histórico edificio a partir de su fundación, en 1989. A lo largo de estas diferentes fases, mis estancias en los riquísimos archivos de protocolos notariales guipuzcoanos han sido constantes.

Sin embargo, haber elegido un tema como el de la Universidad Sancti Spiritus, de mediados del siglo XVI y claramente enraizada en la escolástica medieval, para mi entrada en la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País, puede sonar a desafiante.

En este presunto desafío asoma la inevitable comparación entre la Universidad y el Real Seminario. Pero conviene tener en cuenta que entre el nacimiento de ambas instituciones, la de Oñati y la de Bergara, transcurrieron más de dos siglos. Nacieron en épocas muy diferentes, y resulta peligroso que las juzguemos con un mismo rasero.

Joseba Agirreazkuenaga, en el prólogo del libro de Juan Antonio Morales Arce, *La formación intelectual de los vascos. La*

Universidad de Oñati, desde las reformas ilustradas hasta su supresión definitiva (1772-1842), editado en 1999, afirma que “Frente al Real Seminario Patriótico Vascongado de Bergara, que introdujo en su curriculum nuevas materias relacionadas con las artes prácticas, es decir, ciencias aplicadas, la Universidad de Oñati formaba profesionales para cubrir las necesidades profesionales que demandaba la sociedad del Antiguo Régimen”.

La instauración de una universidad cercana a la frontera, y por tanto expuesta a la influencia de peligrosos focos revolucionarios, no era asunto baladí. La década de los años cuarenta del siglo XVI se caracterizó por un ambiente de contrarreforma en la que el espíritu aperturista de Erasmo fue atacado de modo inmisericorde por la ultraortodoxia de Carlos V. Que Zuazola consiguiera llevar a cabo la fundación de Sancti Spiritus en Oñati llama poderosamente la atención.

Para entender el proyecto del obispo conviene que nos traslademos a épocas anteriores, a los siglos en los que, salida de su aislamiento, Euskal Herria había ido adquiriendo una indudable presencia en Castilla y en el mundo atlántico.

El profesor Blanco Mozo, en su libro *Orígenes y desarrollo de la Ilustración vasca en Madrid (1713-1793)*, alude a que, desde la Baja Edad Media, Araba, Gipuzkoa y Bizkaia mantenían una destacable capacidad de representación ante las instituciones reales, manteniendo conductos de comunicación con los representantes del Rey en los territorios forales y con la administración real establecida en Madrid. Esto, naturalmente, sólo era posible si había una activa y poderosa presencia de vascos en Madrid.

La pregunta es: ¿Cómo surgió esta importante presencia de vascos en Castilla y, por ende, en la Corte? La respuesta viene dada por los historiadores Otazu y Díaz de Durana en su libro *El Espíritu Emprendedor de los Vascos*. En el siglo XV se dieron en Euskal Herria las condiciones básicas para esta especie de masiva emigración hacia Castilla. Esta providencial iniciativa se refleja en un documento conservado en Oñati pero que descubre un sentir común al resto de Euskal Herria. En el año 1477 se intro-

dujo un cambio sustantivo en el sistema de herencias, favoreciendo al mayorazgo, al único heredero, con apenas merma del patrimonio por repartos entre los hijos, obligando a éstos a mirar por su futuro. La nueva norma fomentaba la emigración, la dedicación a diferentes oficios y la ocupación de puestos administrativos y contables en el emergente reino de Castilla.

De este modo cabe entenderse la abundancia de vascos que emigran a Castilla, a las Indias, o se integran en el organigrama de la Iglesia. Pero también se explica un fenómeno de mecenazgo extendido en la sociedad vasca cuyo exponente cultural más significativo es la universidad que nos acoge.

¿HAN SIDO ANALFABETOS LOS VASCOS?

Acabo de mencionar dos palabras, cultura y mecenazgo, que suenan algo extrañas en el contexto en el que se acostumbra juzgar a los vascos, y que me lleva a la siguiente pregunta: ¿Eran analfabetos los vascos? O, dicho de otro modo, ¿qué pintaba una universidad en un ámbito vasco presuntamente inculto?

La pregunta la podríamos trasladar al siglo XVIII, si cayéramos también en la temeridad de juzgar al Seminario de Bergara como un fenómeno extraño, elitista, alejado de la base popular. Insistiendo en estos fenómenos vinculados al Valle del Deba, ¿resulta también extraña la aparición de una universidad privada, Mondragon Unibertsitatea, a caballo entre los siglos XX y XXI?

Ciertamente, algún sospechoso prejuicio nos está traicionando si, contando en el Valle del Deba con una universidad en el siglo XVI, un seminario pionero en el XVIII, y otra universidad en nuestro tiempo, todo ello fruto de diferentes mecenazgos o movimientos locales, pongamos en duda que la comunidad que fue capaz de promocionar semejante escenario de ciencia y tecnología sea tachada de analfabeta.

Zuazola en Oñati, Peñaflores en Bergara, Arizmendiarieta, por poner un nombre clave del cooperativismo, en Arrasate, ¿responden a un sedimento cultural más extendido?

Los ejemplos se podrían multiplicar: Pedro Viteri, de Arrasate, cuya vida transcurrió en el siglo XIX y parte del XX, empleó la gran fortuna que heredó en promocionar escuelas en Arrasate, Hondarribia, Errenteria, Pasai Donibane, Pasai Antxo, Irún, Donostia, etc. José Manuel Ostolaza, nacido en Valladolid en 1875, pero unido a Deba desde su infancia, fundó en esta villa, empleando la fortuna conquistada en Cuba, México y EE.UU., e instalado en Deba en los años veinte del siglo XX, dota a la villa de varias instituciones culturales, creando la Fundación Ostolaza, con Escuela de Comercio y Biblioteca pública.

Esta dinámica no puede deberse a la casualidad. El caldo de cultivo de estos movimientos fundacionales fue el que, durante siglos, permitió a los vascos situarse ventajosamente, tanto económica como socialmente, en Castilla y América. Había sido permanente el prurito de mantener escuelas hasta en las poblaciones más humildes, con la idea de prepararse para ocupar puestos relevantes en la Iglesia, en la Administración, o en la Contaduría. Esta realidad está claramente reñida con la idea de un presunto analfabetismo.

Por otra parte: ¿seremos tan osados de colocar en dos niveles contradictorios, por una parte las indicadas ansias de cultura, y por otra la capacidad técnica, el arrojo mercantil, la apertura al exterior que caracterizó durante siglos al conjunto de la sociedad vasca? ¿Podríamos tachar de incultos a quienes fueron capaces de aplicar su inagotable ingenio a la industria, la capacidad comercial, los increíbles adelantos técnicos, tanto en la industria del hierro como en la navegación?

Mis investigaciones, a través de cuatro décadas, de la sociedad vasca del siglo XVI, me confirman que se buscó con ahínco, al objeto de no quedar anclada en una agricultura pobre que no permitía volar hacia el futuro, unas complejas adecuaciones al medio que consiguieron conducir a Euskal Herria a la prosperi-

dad. Según Caro Baroja, el País Vasco tuvo siempre un ojo puesto en Europa, y se convirtió en pionera en la construcción naval, o en adoptar nuevas tecnologías que abarataban los costes en la fabricación de hierro. Eso fue lo que ocurrió, por ejemplo, con la adopción del método denominado “ginovesa”, proveniente de Italia, que exigía toberas de cobre, y que en muy pocos años se difundió por toda Euskal Herria, como lo muestra una amplia documentación de mediados del siglo XVI. No olvidemos la innovadora producción propia del entonces famoso, ahora desgraciadamente olvidado, “acero de Mondragón”, que atraía hacia Arrasate a mercaderes franceses, ingleses y flamencos, acero que los reyes ordenaban utilizar para las llaves de las armas de fuego que abastecían los ejércitos más poderosos de la época. Por no hablar de las famosas y mal denominadas espadas de Toledo, de las que el propio Lope de Vega dijo: “Vencedora espada, de Mondragón tu acero, y en Toledo templada”, aunque dichas hojas de acero ya iban bien templadas desde su origen y procedencia.

En esa realidad vasca dotada de una increíble modernidad emerge, paralelamente, una Universidad que se ha tildado de prematuramente anticuada, por su, en aquella época, inevitable carácter escolástico. Lo cierto es que este centro constituyó el medio ideal para penetrar con eficacia en el funcionariado castellano y americano, sobre todo por su aportación de titulados en leyes.

Y, sin embargo, y a pesar de lo ya escrito, sabemos poco acerca de la Universidad y sus cuatro siglos y medio de existencia. ¿Qué ha supuesto la Universidad Sancti Spiritus para Euskal Herria? Debido a la premura, lo más razonable es dar unas pocas claves, forzosamente pergeñadas en plan telegráfico, al objeto de poner de relieve la importancia que tuvo aquella institución en cuyo edificio celebramos esta reunión.

¿Cuál es la razón de haber elegido este tema? Aparte de que mi vida profesional ha estado vinculada durante décadas a este edificio por motivos ya señalados, y de que he dedicado parte de

mi vida a investigar los riquísimos archivos de protocolos que en él se conservan, una sugerencia de mi amigo el archivero Ramón Martín Sukia fue definitiva, al indicarme que junto a los protocolos notariales de Gipuzkoa se conservan importantes fondos relacionados con la propia Universidad. Empecé a hurgar en los mencionados documentos, con la idea de buscar datos relacionados con la cultura material del entorno universitario: sus comidas, sus ritos, sus formas de vida, la relación de los estudiantes foráneos con los vecinos de Oñati, en fin, la incidencia que pudo tener en la población y sus costumbres la inclusión en la vida de la villa de esta comunidad absolutamente novedosa en la población oñatiarra.

En dicho cometido me topé con la extraordinaria novedad que esta institución supuso para la villa y para el conjunto de Euskal Herria. Encontré un mundo fascinante, complejo, y que trascendía a los temas que hasta entonces había trabajado. Mi habitual panorama histórico se había movido entre mercaderes, ferrerías, fabricantes de armas, pescadores, corsarios, o de mujeres vinculadas al impactante mundo del lino. A la absoluta modernidad de ese mundo se añadía, como complemento, el regalo de una universidad.

Analizar este aspecto, novedoso para mí, me llevó a enfrentarme al ya mencionado prejuicio, sin duda fruto de nuestra propia ignorancia, de una presunta ignorancia tradicional de los vascos, a los que una universidad se les haría extraña.

¿Por qué no intentamos ponernos en la mente de los contemporáneos a su fundación, la de quienes pertenecieron, mal que nos pese, a la época más gloriosa de nuestra historia, de aquella sociedad avanzada, moderna, profundamente enraizada en su entorno, en Castilla, y que se expandía con éxito por las Indias? ¿Por qué razón no les pareció a los paisanos de Zuazola, una comunidad de exitosos mercaderes, una idea extravagante plantarles en medio de la villa una universidad? Precisamente porque los prohombres oñatiarras de la época mostraban un talante más moderno que el nuestro, salvo las distancias. De

hecho, se mostraron entusiasmados ante la proposición del obispo, sabían de qué iba la apuesta, eran conscientes de los beneficios que podía generar, aparte de la honra que suponía crear una universidad en el medio geográfico de las tres provincias, precisamente las tres provincias del vascuence, según expresión de mediados del siglo XVII que se incluye en el título de esta charla. Los pocos oñatiarras que habían tenido la oportunidad de estudiar en universidades castellanas entendieron la enorme ventaja que suponía poder estudiar en casa, y esa fue precisamente una de las principales razones que esgrimía el obispo entre los motivos de la fundación: se trata de una auténtica declaración de intenciones de un prohombre del Renacimiento que amaba a su tierra.

Dejemos expresarse al propio fundador: “Después de haber cumplido con el servicio de Dios con esas obras que a honra suya tenemos hechas en esa villa, siempre he pensado en que pudiese honrar y aprovechar esa villa tan honrada, pues la naturaleza nos obliga tanto a ello, y considerando que los medios con que Dios Nuestro Señor nos ha traído a la cumbre de tanta honra y dignidad han sido y son las letras a que nos hemos dado todo el tiempo de nuestra vida, y la lealtad y fidelidad con que hemos siempre servido a nuestros reyes y señores naturales, hame parecido que la cosa de donde más provecho resultaría sería dar forma como en esa villa hubiese ejercicio de letras porque, considerada la habilidad de los naturales de esa tierra, con la ayuda de Nuestro Señor Dios tengo por muy cierto que con buenos principios se harían muchos y muy provechosos letrados que servirían a Dios y honrarían mucho esa patria, y por estos respetos en mi testamento y última voluntad tengo ordenado y mandado que en esa villa se haga un colegio en que haya maestros y estudiantes que sean naturales de esa villa y de toda la tierra vascongada a donde se lea gramática, artes y cánones y haya ejercicio de letras”.

Bien, ya tenemos Universidad. ¿A quién iba destinada? Carlos V, a quien el obispo solicitó, como medida prudencial, su

patronazgo, y la Bula de Paulo III, fijaron su área de actuación circunscrita nada menos que a las tres provincias bascongadas y sus limítrofes Navarra, Rioja, Montaña de Burgos y Santander. De ese modo, Sancti Spiritus se convirtió en la Universidad del Norte de la Península.

¿Qué categoría ostentaba? La misma que tenían las grandes universidades españolas de Alcalá, Valladolid y Salamanca. Con respecto a éstas, advierte el avisado obispo que “se anden con cuidado porque la fundación puede resultar perjudicial para las universidades de Alcalá, Valladolid y Salamanca, de modo que podrían poner algún estorbo”, esto es, poner trabas a su erección y funcionamiento.

En el siglo XVIII Bergara supuso una revolución ilustrada centrada en la ciencia y la innovación. Dos siglos antes, también la universidad supuso una revolución para Euskal Herria, pues propiciaba la asistencia a estudios universitarios de gente de la zona y la obtención de importantes grados que les permitiría ejercer en la judicatura, en la Iglesia, incluso en la medicina, lo que rompe el falso molde del carácter exclusivamente escolástico del centro.

CRISIS PERMANENTE Y EL PAPEL DE OÑATI

La Universidad Sancti Spiritus nació bajo el signo de la crisis. Nació enferma, pero gozó de una salud de hierro que le permitió, con intervalos, permanecer abierta hasta principios del siglo XX. Visto desde la perspectiva del siglo XVI, pocos hubieran apostado por su continuidad, pero varios factores permitieron que, a pesar de las dificultades y en contra de intereses adversos y ataques directos, resurgiera ante los diversos conflictos que la afectaron.

Verifícase la fundación del colegio en 1542, pero Zuazola, que no tuvo tiempo para dejarlo todo bien atado, murió el año 1548. A raíz de su fallecimiento, fueron demasiados los interesa-

dos que merodearon en torno a un patrimonio muy goloso que no tenía un destino claro y cerrado. Los testamentarios se rifaron, en parte, los beneficios de una rica herencia. El doctor Ramiro, que fue también rector de Sancti Spiritus, y más tarde, casualidad, “provisor de la ciudad y obispado de Burgos”, fue acusado de desviar fondos, ocultar cuentas con ayuda de cómplices, y de llevar las negociaciones testamentarias en secreto. Otros colegiales se las ingeniaron para colocar, a modo de préstamos o censos, el dinero de la herencia de Mercado de Zuazola dirigiéndola hacia manos interesadas, en general de parientes suyos, y se llevó mal la contaduría de los fondos destinados a la Universidad.

Ya a finales del siglo XVI se dice “Que la experiencia muestra cuán grandes daños recibe este insigne colegio en los alcances (deudas) que se hacen a colegiales y la ocupación del dinero”.

A mediados del siglo XVIII la situación de la Universidad era tan deplorable que se situaba muy próxima a la extinción: casi desierta, contaba con unos 50 alumnos y con cinco catedráticos-colegiales. Fue la época en que muchas universidades fueron acusadas de vender títulos, ante lo que el gobierno determinó anular algunos de dichos centros, entre ellos, el de Oñati. Pero el milagro de la permanencia se volvió a dar, y de nuevo debemos volver los ojos al interés tanto de la comunidad oñatiarra como de las provincias vascas.

La fecha clave para su continuidad fue el año 1777. En plena crisis, las diputaciones de las tres provincias vascas acordaron aportar dinero suficiente para aumentar las cátedras necesarias que le permitieran volver a adquirir las prerrogativas de las grandes universidades peninsulares. Al poco, la población estudiantil, según Torremocha, se multiplicó por cuatro, con unos 200 estudiantes.

Pero las guerras que asolaron Euskal Herria los siglos XVIII y XIX abocaron a la casi desaparición de la universidad. En 1795, con el ejército francés en Bergara, el claustro se trasladó a Gasteiz, pero acabado el conflicto, se consiguió la vuelta, y Mo-

rales asegura que hasta 1807 “fue la universidad más progresista en el campo jurídico”, puesto que añadió nuevos derechos y vivió una situación muy próspera.

Paradójicamente, el siglo XIX ha sido el período de mayor esplendor y también el de su desaparición. Su reapertura, tras la guerra napoleónica, fue en 1814. Lizarralde afirma que el centro quedó suprimido durante los años 1822 al 1828, pero Morales le rebate utilizando datos trasladados al distrito universitario de Valladolid: de hecho, la tercera y cuarta décadas, hasta la guerra carlista, fueron las de mayor esplendor. El curso 1832-33, en concreto, contó con 639 alumnos, número similar en la época al de Salamanca, con facultades de filosofía, leyes y cánones.

Espartero suprimió la universidad en 1842, iniciando una dinámica que, medio siglo más tarde, acabaría por eliminar la universidad. Según Morales, la excusa fue la incapacidad de sostenerla económicamente, lo cual no era verdad. La principal razón fue seguir la táctica de segar la hierba bajo los pies al fuerismo y, más tarde, al nacionalismo, pues las más insignes cabezas pensantes del momento pasaban por las aulas de la universidad de Oñati.

Creo que resulta significativa, en un ambiente en que se enfrentaban el ataque a la foralidad y la voluntad de hacer perdurar la Universidad, la introducción, en el programa del año 1869, de la asignatura denominada Derecho Foral.

La sociedad vasca era consciente del peligro que suponía el cierre. En sucesivos escritos, que llegan hasta principios del siglo XIX, se vuelve a insistir en la gran distancia a la que se encontraban otras universidades como Zaragoza o Valladolid, donde los mantenimientos resultaban caros. Quedan señalados además los peligros inherentes a las ciudades, las cuales “son motivos muy graves para imposibilitar a muchos a dedicarse a la carrera de las letras, siendo muchos los padres de familias que sólo pueden gastar una suma moderada en la educación de sus hijos, y no siendo indiferentes a los mismos padres el tener a muchas leguas

de distancia a sus hijos jóvenes, expuestos a los riesgos de la edad”.

¿Cuál ha sido el alcance de este castigo que supuso el cierre de la universidad? El hecho de que, desde principios del siglo veinte hasta después del franquismo, Euskal Herria haya permanecido, durante tres cuartos de siglo, sin contar con una universidad pública.

El mundo universitario ha sido, hasta muy avanzado el siglo XX, destino de gente pudiente. Sin embargo, la intención del obispo Zuazola, probablemente apoyando la idea de la Iglesia como igualadora de oportunidades, fue la de abrir sus puertas a gente sin recursos. En Oñati estudiaban los sota-fámulos, hijos de la villa que se obligaban a estudiar, además de ayudar con sus trabajos en las tareas de limpieza y mantenimiento. Existía otro obstáculo: las famosas y costosas propinas que se debían repartir entre los profesores para la obtención de títulos superiores. Zuazola, que conocía estas prácticas, aboga por que las oportunidades sean “comunes a pobres y ricos, porque de otra suerte lo que depende de habilidad, industria y cuidado se trocarían en exhibición de hacienda y los alcanzarían (los grados) sólo los que menos suficiencia y valor tuviesen para todos los lugares (¿puestos?) que la sabiduría y letras gobiernan; lo otro porque siendo los hombres excelentes en letras tan necesarios en la república conviene también que los grados, cuyo premio y honor despierta los ánimos a seguirlos, se puedan adquirir fácilmente y con ligera costa”. De lo contrario, añade Zuazola, “esta escuela no actuaría como madre, sino como madrastra”, y exige la reducida presencia de doctores a los se debería dar esas propinas.

La importancia de la universidad a lo largo de su historia se apoya en los “innumerables sujetos de ilustración y sabiduría por lo secular y lo eclesiástico”. Se argumenta que “dichas provincias, Montañas de Santander y de Navarra son las más pobladas del Reyno, sus medios cortos, y poquísimos los que tienen disposición para sostener los gastos indispensables para sustentar a sus hijos fuera del país y darles una carrera tan larga”.

Entre las razones de la conveniente permanencia de la Universidad se añade el siguiente alegato: “La villa de Oñate, no ofreciendo sino muy pocas y momentáneas distracciones, proporciona por lo mismo el recogimiento, quietud y silencio que son indispensables para hacer un estudio serio, y meditado, el carácter religioso, pacífico y atento de sus naturales, y finalmente el moderado número de escolares concurrentes a la universidad, que no excediendo regularmente de trescientos, es por una parte suficiente para promover el mutuo estímulo de los jóvenes, y por otra es muy proporcionado para que los maestros puedan tener un cuidado especial de cada uno de sus discípulos, son otras tantas causas que eficazmente recomiendan la perpetuidad de ella”.

UNIVERSIDAD Y VIDA COTIDIANA

La villa de Oñate se convirtió, durante más de cuatro siglos, en un espacio aureolado por el ritmo ceremonial que se adueñó del pueblo, convirtiéndolo en un escenario digno del Renacimiento, en una comunidad carismática que iba en consonancia con su calidad de centro universitario de primera línea. La presencia de dignatarios de la Universidad, la invasión pacífica de cientos de universitarios provenientes, en su mayor parte, de las familias más poderosas del Norte de la Península, forzosamente debía colorear la vida cotidiana con pomposos ritos y ceremonias extraordinarias en las que colaboraba gustosa la población.

Esta pompa se disparaba cuando alguno de los licenciados accedía al grado de Doctor o Maestro, el más alto grado conferido por las universidades. Situémonos hace 300 años, en 1717. El doctorando era solicitado por los compañeros frente a la posada donde residía, y salía acompañado de su criado, montado a caballo, y una vez en el centro se le investía de varias insignias: una fuente de plata, un bonete con su borla en la mano, un librito según la facultad, un anillo, una espada, una espuela, y una muceta de seda del color de la borla.

La vida cotidiana quedaba impregnada con la presencia de los estudiantes, que se alojaban en casas convertidas en posadas. En 1759, en pleno período crítico de la universidad, regían nada menos que 16 posadas, en cada una de las cuales se alojaba un grupo de estudiantes. El rector, que debía vigilarlos también fuera de las horas lectivas, tenía la obligación de visitar dichas posadas para evitar peleas, tumultos, o juegos prohibidos. Algunas de estas posadas estaban dotadas del juego de truco o villar, entretenimiento muy común entre los estudiantes. Pero se debían evitar las apuestas en el juego, y se ordenaba a los dueños que no fiasen dinero a los estudiantes, para evitar la tentación de caer en dicho vicio.

UNIVERSIDAD, PODER POLÍTICO Y PRESENCIA DEL EUSKARA

Morales afirma que muchos de los que ocuparon puestos relevantes en la política castellana salieron de las universidades más importantes. Lo mismo ocurrió con la élite vasca: muchos alcaldes, diputados generales, parlamentarios, consultores, etc., pasaron por la Universidad de Oñati.

El historiador mondragonés del siglo XVI Garibay atestigua que estudió en la Universidad de Oñati. También dentro del siglo XVI, resulta probable que Juan Pérez de Lazarraga, señor de la torre de Larrea en Araba y autor del manuscrito en Euskara que lleva su nombre, hubiera frecuentado dicha universidad. Arturo Campión lo hizo, así como Juan José Moguel, y los jesuitas Agustín de Cardeveraz y Bernardo Recio participaron como profesores de latinidad, preparación necesaria para la Universidad, en Oñati.

Si nos situamos a finales del siglo XIX, nos encontramos con datos significativos. Por ejemplo, en los Premios de la Facultad de Derecho del Curso 1897-98, correspondientes a Licenciatura, Julián Elorza y Aizpurua, de Azpeitia, logra el grado de licenciatura en Derecho Penal y Hacienda Pública, así como en Derecho Mercantil e Internacional. Así que, aunque a duras penas, a

finales del siglo XIX seguía funcionando la Universidad. Nacido en Azpeitia en 1878, se revela como gran político, es diputado provincial de 1911 a 1919, presidente de la Diputación de Gipuzkoa entre 1919 y 1924, y organiza el primer congreso de Estudios Vascos en 1918 precisamente en Oñati, en esta misma universidad.

Lo vasco tiene una indudable presencia en la documentación de la Universidad. La continua referencia a países bascongados no responde sólo a connotaciones geográficas, sino se vincula a datos claramente lingüísticas. A este respecto, una anécdota significativa proveniente de mis indagaciones sobre el mundo corsario: en 1585 el mercader de Lizarra-Estella apellidado Arbizu, a su vuelta de Nantes cae presa de piratas. Al suponersele poseedor de una fortuna, se le pregunta cuál es su naturaleza, a lo que responde con esta frase sugerente y de evidente actualidad: “que era de tierra de vascos y vasco del reino de Navarra”.

En alusión al título de mi charla, el año 1657 se suscita un problema competencial entre el ayuntamiento de Oñati y el rector de la Universidad sobre lo ocurrido el segundo día de la Pascua, fiesta que, se dice, se festeja “con danzas y regocijos al estilo de la tierra”. En la ocasión se dieron ciertas pependencias entre estudiantes y danzantes, y el alcalde tomó cartas en el asunto, remitiendo a Valladolid una carta en que aboga por el mantenimiento de la Universidad y colegio de Oñate, al que acuden alumnos de muchas villas “de las tres provincias del vasquense”. Estos alumnos practicaban, como mínimo, un moderno trilingüismo con el euskara, el latín y el castellano.

A este respecto, y en honor a la modernidad del Colegio de Bergara, adjunto el texto del testamento que la viuda irlandesa Margarita Meaguer de Bermingham hizo redactar el 18 de julio de 1814 en Usúrbil, donde se había refugiado con ocasión de la destrucción de Donostia. Su marido había sido Ricardo de Bermingham, importante mercader donostiarra. Una de las cláusulas del testamento reza textualmente: “Y que a los nietos Joaquín Antonio y José Vicente de Pavía los vestí y alimenté, costeándoles

también el viaje y primeras asistencias en el Colegio de Vergara, donde existen, y por cuanto deseo la mejor educación de los dos jóvenes y que permanezcan a mis expensas, hasta perfeccionarse bien en la escritura, Aritmética (sic) Gramática Española, Matemáticas, Idiomas Ynglesa, Francesa y otras y en la Música”. Ciertamente, un verdadero programa abierto al mundo por su ciencia e idiomas.

Dejo de lado, por no alargarme, curiosísimos aspectos de la vida interna de la Universidad, lo referente a los pleitos, los gastos del Colegio, el régimen de comidas, etc. Quizá hubiera resultado, por lo anecdótico y cotidiano, más entretenido para vosotros, pero esto lo dejaremos para otra oportunidad.

Lo aquí apuntado, o insinuado, sólo constituye una invitación a tomar en cuenta un tema como el de la Universidad que no debería quedar en el olvido. Hoy en día, por desgracia, la investigación en muchas de sus facetas está desatendida, casi desprestigiada, pero la actual crisis no debería llevarnos a olvidarnos y dejar de dar relieve a instituciones como la del Sancti Spiritus, íntimamente vinculada en el pasado a la formación de las élites intelectuales y políticas vascas, y que deberían constituir un ejemplo para nuestro futuro.

PALABRAS DE RECEPCIÓN

Asun Urzainki Mikeleiz

(Amiga de Número)

Debo comenzar reconociendo y excusando mi osadía por atreverme a venir a Oñate para participar en un acto en el que de un modo u otro es forzoso hablar de los valores y cualidades de nuestros “viejos” nuevos Amigos; ustedes, mejor que yo, saben del día a día de Jerardo y José Antonio por haber tenido la oportunidad y el privilegio de vivirlos de cerca, de convivir con ellos. Así pues, poco puedo añadir a lo que ya Uds. conocen bien.

Si me he atrevido a participar es porque, aunque pueda parecer otra cosa, este acto no es en sí mismo un homenaje a sus méritos, que los tienen en abundancia, sin duda. Es porque quería estar presente como testigo privilegiado de su compromiso público, generoso y personal, para continuar ejerciendo como Amigos del País, para seguir dedicando tiempo y esfuerzo al progreso de Euskal Herria a través del conocimiento, a continuar el trabajo en nuestra casa común. Y celebrarlo con ellos.

Evidentemente esta invitación a formar parte de la Bascongada como Amigos es fruto del reconocimiento de su dilatada e intensa trayectoria intelectual

–Milla esker, bi lagun berriok arduratzen ari zaretelako.

Del Amigo Jose Antonio podemos decir que nada de lo que se refiere a la historia de Euskal Herria le es indiferente.

Desde la Antropología cultural ha elaborado buena parte de nuestra historia social apuntando, como no podía ser de otra manera, hacia los modos de vida, recuperando la memoria sobre

aquellos hombres que labraban la tierra y producían lino, de mercaderes y comerciantes, de corsarios, de pescadores, de traficantes de esclavos; y de los fabricantes de picas, clavos, etc., a partir del hierro (siendo de Legazpia el hierro tenía que estar presente en su dilatada producción científica y a este respecto me gustaría destacar especialmente su obra “Modos de vida de las ferrerías vascas” -2009-).

En otras palabras ha dado vida a todo un universo de personajes que, como afirmaba Jared Mason Diamond, “fueron actores dentro de su mundo y creadores del mundo cultural”, en este caso, del País Vasco.

De hombres y de mujeres, las grandes ausentes en el ámbito historiográfico, pero que tantas veces aparecen con voz propia en los trabajos de Azpiazu, entre sumisas y poderosas, cuando no víctimas, y siempre laboriosas.

Una historia entrelazada y contada por escrito a partir de testimonios documentales sobre pleitos, contratos, apelaciones, testamentos, expedientes y memoriales, en fin, de todo tipo de actos y procesos judiciales; en este sentido Azpiazu es un maestro en la utilización de protocolos notariales que obran en archivos, corregimientos y Chancillerías logrando obtener de ellos una información extraordinaria. Esta labor de recuperación del pasado ha estado sustentada en la trama fina, en la observación de conductas y comportamientos de los componentes sociales básicos, es decir, de diferentes individuos en diferentes momentos y en el marco de su propia cultura: “diseños de vida históricamente creados”, que diría el norteamericano Clyde Kluckhohn¹, que son aspectos fundamentales para conocer la evolución y el desarrollo de nuestra cultura, de nuestro modo de hacer, poniendo especial atención en el análisis de las estructuras familiares así como en las fuerzas económicas y las relaciones entre ambas.

[1] Kluckhohn, Clyde (1952) *Culture: A Critical Review de Concepts and Definitions*

Yo me sorprendo más de una vez de su habilidad -que debería llamar capacidad intelectual- para seguir el hilo conductor que retrata la trayectoria de una familia o una institución desde una perspectiva diacrónica, a través de los siglos: lean a este propósito una de sus últimas entregas: “Los comerciantes donostiarras ante la tragedia de 1813”¹... una tarea que solo puede hacer el experto que domina y controla (entiéndase, en términos intelectuales) con particular maestría los fondos documentales.

Al Amigo Jose Antonio debemos agradecer la luz que ha sabido proyectar sobre nuestro pasado, en especial sobre el siglo XVI y de ahí en adelante-, tan fecundo en hombres de talento, marinos audaces, santos... contribuyendo muy eficazmente a contrarrestar esa leyenda negra de vascos montaraces y analfabetos, leyenda que tanto dolía a su primer gran maestro Don Julio Caro Baroja.

Excelente discípulo de un no menos excelente maestro.

En fin, a la vista de cuanto ha publicado en forma de libros propios y obras colectivas, en artículos, o impartido como cursos, conferencias, etc. no sorprende que siempre aparezca citado en la historiografía de Euskal herria; diríase que lo ha hecho todo, y sin embargo como sabemos, le queda mucho por hacer más allá de conmemoraciones.

Como parece evidente, he querido centrar mis palabras de recepción en una sola de sus facetas: en su producción científica o trabajo que refleja la vocación del nuevo Amigo, obviando los aspectos profesionales, ligados, como muchos de nosotros, a la docencia: años atrás como director de la ikastola Jakintza de Donostia, o como profesor en la Mondragon Unibertsitatea; esas tareas que un buen docente debe unir indefectiblemente a las de investigación.

[1] En Varios autores: San Sebastián, 1813. Historia y memoria. C. Larrinaga (coordinador). Hiria liburuak, Donostia 2013

Tampoco he hecho alusión apenas a sus cualidades personales: el buen talante, la amabilidad, que habría también que ponderar. De destacar alguna yo subrayaría su generosidad, esa cualidad que le ha llevado a poner en negro sobre blanco todos sus hallazgos permitiéndonos de esta manera participar de sus logros y descubrimientos. Por todo esto me resulta especialmente grata la tarea que se me ha encomendado que no es otra que darte la bienvenida a la RSBAP.

Así pues, Amigo Jose Antonio, y Amigo Jerardo, en nombre de todos los Amigos de la RSBAP y en el mío propio, ***ongi etorriak***.